

LECCION XVI.

Resúmen de la doctrina.

Resúmen de la doctrina contenida en estas lecciones y de los tres órdenes de hechos sobre los cuales descansa con la relacion de cada uno de ellos para con la escuela moderna que lo ha conocido y desarrollado, pero casi siempre exagerado.—Esperiencia y empirismo.—Razon e idealismo.—Sentimiento y misticismo.—Teodicea. Defectos de varios sistemas conocidos.—Del procedimiento que conduce á la verdadera teodicea y del carácter de certidumbre y de realidad que le dá este procedimiento.

Hemos llegado al final de nuestro curso, y solo nos falta para concluir recordar su espíritu general y sus resultados mas importantes.

Desde la primera leccion os he señalado el espíritu que iba á animar esta enseñanza, un espíritu de libre investigacion reconecedor de la verdad allí donde le ha encontrado, y que ha sacado provecho de todos los sistemas que el siglo XVIII elevó á nuestros tiempos, pero sin encerrarse en ninguno de ellos.

El siglo XVIII nos dejó en herencia tres grandes escuelas que subsisten todavía hoy, á saber: la escuela inglesa y francesa de la cual Locke es el jefe,

y Condillac, Helvetius y Saint-Lambert sus representantes mas caracterizados; la escuela escocesa con tantas celebridades, entre ellos Hutcheson, Smith, Reid, Veattie, Ferbuson y M. Dugale Stewart; y la escuela alemana, ó mejor la escuela de Kant, porque de todos los filósofos de mas allá del Rin el de Königsberg es casi el único que pertenece á la historia. Kant murió á principio del siglo XIX; las cenizas de su mas ilustre discipulo Fichte, apenas se han enfriado. Los otros filósofos notables de la Alemania viven todavía y no se hallan comprendidos en nuestras apreciaciones.

Lo dicho no es sino una enumeracion etnográfica de las escuelas del siglo XVIII, y es preciso, sobre todo, considerarlas en sus caracteres análogos ú opuestos. La escuela anglo-francesa representa particularmente el empirismo y el sensualismo, es decir, una importancia casi esclusiva, atribuida en todas las partes del conocimiento humano á la esperiencia en general y sobre todo, á la esperiencia sensible. La escuela escocesa y la escuela de Kant representan un espiritualismo mas ó menos desarrollado. En fin, ha habido filósofos, como por ejemplo Hutcheson, Smith y otros que no teniendo confianza en los sentidos y en la razon dan al sentimiento la supremacia.

Tales son las escuelas filosóficas en presencia de las cuales está colocado el siglo XIX.

Nos vemos obligados á confesar que ninguna de ellas contiene, á nuestros ojos, la verdad completa. Ya se ha demostrado que una parte considerable del conocimiento escapa á la sensacion, y creemos que el sentimiento no es una base ni bastante firme ni bastante estensa para sostener toda la ciencia humana.

Somos, pues, mas bien adversarios que partidarios de la escuela de Locke y de Condillac y de la de Hutcheson y de Smith. ¿Somos por esto discípulos de Reid y de Kant? Si, ciertamente, declaramos nuestra preferencia por la direccion imprimida á la filosofia por estos dos grandes hombres. Consideramos á Reid como el sentido comun en sí mismo, y no creemos por esto otorgarle un elogio mayor que el que merece. El sentido comun es el único punto de partida legitimo y la regla constante é inviolable de la ciencia. Reid no se separa jamás de él; su método es la verdad; sus principios generales son incontestables, pero nos atreveremos á dirigirle á este genio las siguientes palabras: *Sapere aude*. Kant es un guia menos seguro que Reid. El uno y el otro son excelentes en el análisis; mas Reid se detiene aquí, pero Kant edifica sobre el análisis un sistema que no se concilia con él. Eleva la razon á una altura mayor que la sensacion y el sentimiento, y muestra con un arte infinito cómo la razon produce por sí misma y por las leyes unidas á su ejercicio casi todo el conocimiento humano. En todo esto no hay sino una desgracia, y es que tan bello edificio está desprovisto de realidad. Dogmático en el análisis, Kant es escéptico en sus conclusiones. Su escepticismo es el mas sabio y el mas moral que se ha conocido; mas no por eso deja de ser escepticismo. Creemos haber dicho bastante para que nadie piense que pertenecemos á la escuela del filósofo de Königsberg.

En general, en la historia de la filosofia estamos por todos los sistemas que se declaren en favor de la razon. Así, en la antigüedad defendemos á Platon contra sus adversarios, en los tiempos modernos á Des-

cartes contra Locke, á Reid contra Hume y á Kant contra Condillac. Pero al mismo tiempo que nosotros reconocemos la razon como una potencia superior á la sensacion y al sentimiento, como siendo por escelencia la facultad de conocer en todo género lo verdadero, lo bello y lo bueno, estamos persuadidos que la razon no puede desarrollarse sin condiciones que le son estrañas, ni bastará el gobierno del hombre sin el concurso de otra fuerza. Esta fuerza que no es la razon, y de la cual la razon no puede prescindir, es el sentimiento; las condiciones sin las cuales la razon no puede desarrollarse, son los sentimientos. Se vé cual es para nosotros la importancia de la sensacion y el sentimiento, y como, por consiguiente, nos es imposible condenar en absoluto ni una ni otra filosofia.

Tales son los fundamentos muy sencillos de nuestro eclecticismo. No es en nosotros el fruto de la necesidad de innovar y de hacernos un sitio entre los historiadores de la filosofia. Es la filosofia misma la que nos impone la mision que hemos realizado. Culpa nuestra no es si Dios ha hecho el alma humana mas vasta que todos los sistemas, y nosotros nos congratulamos tambien de que todos los sistemas no sean enteramente absurdos. A menos de desmentir los hechos mas ciertos que nosotros mismos hemos señalado y establecido, nos será preciso al encontrarlos esparcidos en la historia, reconocerlos y rendirles homenaje; y si la historia de la filosofia así considerada no parece ya un conjunto de sistemas insensatos, un caos sin luz, un laberinto sin salida; si al contrario ella se convirtiera de algun modo en una filosofia viva, esto me parece seria un progreso del cual podríamos felicitarnos, una de las mas dichosas conquistas

del siglo XIX, el triunfo mismo del espíritu filosófico.

No abrigamos ninguna duda acerca de la excelencia de la empresa; todo queda reducido á su ejecución. Veamos, comparemos lo que hemos hecho con lo que hemos pretendido hacer.

Examinemos en primer lugar, si hemos sido justos con esa gran filosofía representada en la antigüedad por Aristóteles, y cuyo mejor maestro entre los modernos ha sido el autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano*.

Existe en la filosofía de la sensación una parte verdadera y otra errónea ó falsa. Lo falso es la pretension de explicar por medio de los sentidos todos los conocimientos humanos; esta pretension constituye el sistema; nosotros rechazamos uno y otro. Lo verdadero es que la sensibilidad, considerada en sus órganos esteriore y visibles y en sus órganos interiores, lugares invisibles de las funciones vitales, es la condicion indispensable del desarrollo de todas nuestras facultades; no solamente de las facultades que tienen de una manera evidente á la sensibilidad, sino de aquellas que parecen mas lejanas. Esta parte verdadera del sensualismo la hemos reconocido siempre, y puesto en evidencia en la metafísica, en la estética, en la moral y en la teodicea.

Para nosotros, la teodicea, la moral, la estética y la metafísica, descansan sobre la psicología, y el primer principio de nuestra psicología es que todo ejercicio del espíritu y del alma tiene por condicion una impresion hecha sobre nuestros órganos y un movimiento de las funciones vitales.

El hombre no es un puro espíritu; tiene un cuerpo

que es para el espíritu, ya un obstáculo ya un ausiliar, siempre un compañero inseparable. Los sentidos no son una prision para el alma, sino una ventana abierta sobre la naturaleza, y por la cual, el alma comunica con el universo. Toda una parte de la polémica de Locke contra la teoria de las ideas innatas, es para nosotros perfectamente verdadera. Nosotros somos los primeros en invocar la esperiencia en filosofía. La esperiencia salva á la filosofía de la hipótesis, de la abstraccion, del método esclusivamente deductivo, es decir, del método geométrico. Por haber abandonado el terreno sólido de la esperiencia, Espinosa, olvidando el método de Descartes y sus principios mas ciertos, formó un sistema hipotético, en el que, de una definicion arbitraria, hizo salir con el mayor rigor toda una série de deducciones que nada tienen que ver con la realidad. Asimismo, por haber cambiado Condillac la esperiencia por un análisis sistemático, este discípulo infiel de Locke trató de sacar de un solo hecho y de un hecho mal observado, con el ausilio de una continuidad de transformaciones verbales, el origen de todo conocimiento. La esperiencia no encierra en sí toda la ciencia, pero suministra las condiciones. El espacio nada seria para nosotros sin cuerpos visibles y tangibles que le llenasen; el tiempo nada seria sin la sucesion de los hechos, la causa sin sus efectos, la sustancia sin sus modos, la ley sin los fenómenos que rige. La razon no nos revelaria ninguna verdad universal y necesaria, si la conciencia y los sentidos no nos sugirieran nociones particulares y contingentes. En la estética, al distinguir lo bello de lo agradable, hemos hecho ver que lo agradable es compañero constante de lo

bello, y que si el arte tiene por suprema ley el expresar el ideal, debe espresarlo bajo una forma animada y viva que lo ponga en relacion con nuestros sentidos, con nuestra imaginacion, y sobre todo con nuestro corazon. En moral, si nosotros hemos puesto á Kant y al estoicismo mas alto que el epicureismo y á Helvetius, nos hemos defendido contra una insensibilidad que lucha en contra de la naturaleza humana. Nosotros no hemos dado á la razon el deber ni el derecho de ahogar las pasiones naturales, sino de ordenarlas; nosotros no hemos querido arrancar del alma el instinto de la felicidad, sin el cual la vida no nos seria soportable, ni aun un dia, ni la sociedad posible una hora; nosotros nos hemos propuesto esclarecer este instinto, mostrar la armonía oculta pero real que sostiene con la virtud, y abrirle perspectivas infinitas.

Con estos elementos empiricos, el idealismo se ha puesto al abrigo de las corrientes místicas que poco á poco le ganan y se apoderan de él cuando está solo, y le desacreditan ante las inteligencias sanas y severas. Y ¿por qué no lo hemos de decir? En nuestros trabajos hemos presentado con frecuencia pensamientos de Locke, uno de los hombres mejores y mas sensatos que han existido. El ha sido uno de los consejeros secretos é ilustres que nos hemos proporcionado en medio de nuestra debilidad. A él le debemos mas de una inspiracion, y con frecuencia nos preguntamos si investigaciones dirigidas por el método circunspecto que hemos tratado de adoptar no hubieran sido aceptadas por su sinceridad y por su sabiduría. Locke es para nosotros el verdadero representante, el mas original de la escuela empirica. En los lazos de un siste-

ma conserva todavía una estraña libertad de espíritu, bajo el nombre de reflexion admite otro origen de conocimiento distinto á la sensacion; y esta concesion al sentido comun es muy considerable. Condillac ha sido quien, haciéndola desaparecer, ha ultrajado la doctrina de Locke y ha hecho de él un sistema estrecho, exclusivo, enteramente falso, el sensualismo, para hablar con propiedad. Condillac opera sobre quimeras reducidas á cifras, con las cuales se despacha á su gusto. En vano es buscar en sus escritos, especialmente en los últimos, algun rasgo de la naturaleza humana. Cualquiera se cree en verdad en el reino de las tinieblas *per inania regna*. El *Ensayo sobre el entendimiento humano* produce la impresion contraria. Locke es un discípulo de Descartes á quien los excesos de Malebranche hicieron cometer excesos contrarios: es uno de los fundadores de la psicología, uno de los que mas profundamente conocen la naturaleza humana, y su doctrina, siempre moderada, es digna de ocupar un lugar en un verdadero eclecticismo.

Junto á la filosofia de Locke existe otra tambien grande, que importa preservar de toda exajeracion para mantenerla á la altura que se merece. Fundado en la antigüedad por Sócrates, constituido por Platon, renovado por Descartes, el idealismo cuenta en su seno, aun entre los modernos, distinguidas reputaciones. Habla al hombre en nombre de lo que hay de mas noble en él; reivindica los hechos de la razon, restablece en la ciencia, en el arte y en la moral principios fijos é invariables y del seno de esta existencia imperfecta nos eleva hacia otro mundo, el mundo de lo eterno, de lo infinito, de lo absoluto.

Esta grande filosofia tiene todas nuestras prefe-

rencias y no se nos acusará de haberle concedido un lugar demasiado pequeño en nuestras lecciones. Durante el siglo XVIII estuvo representada en grados distintos por Reid y por Kant. Nosotros aceptamos á Reid por completo, menos en sus consideraciones históricas que son muy insuficientes y llenas de graves errores. Hay en Kant dos partes: la parte analítica y la parte dialéctica, como él las llama. Admitimos la una y rechazamos la otra. En este curso hemos tomado prestadas muchas ideas á la *crítica de la razon especulativa*, á la *crítica del juicio* y á la *crítica de la razon práctica*. Estas tres obras son, á nuestros ojos, admirables monumentos del génio filosófico y están llenas de tesoros de observacion y de análisis.

Con Reid y Kant reconocemos la razon como la facultad de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. A esta virtud propia es á la que nosotros referimos directamente el conocimiento en su parte mas humilde y en su parte mas elevada. Todas las pretensiones sistemáticas del sensualismo se estrellan contra la realidad manifiesta de las verdades universales y necesarias que están incontestablemente en nuestro espíritu. A cada instante, ya lo sepamos, ya lo ignoremos, hacemos uso de juicios universales y necesarios. En la mas simple de las proposiciones va envuelto el principio de la sustancia y del sér. Nosotros no podemos dar un paso en la vida sin deducir de un suceso su causa. Estos principios son absolutamente verdaderos y lo son por todas partes y siempre. La esperiencia nos enseña lo que sucede aquí, allá, hoy, mañana; pero lo que sucede por todas partes y siempre y sobre todo lo que no puede suceder, ¿cómo

se quiere que nos lo enseñe, puesto que se halla limitada en el tiempo y en el espacio? Existen, pues, en el hombre principios superiores á la esperiencia.

Semejantes principios pueden solamente dar una base firme á la ciencia. Los fenómenos no son objetos de la ciencia, sino en tanto que revelan una cosa superior á ellos mismos, es decir, sus leyes. La historia natural no estudia tal ó cual individuo, sino el tipo genérico que todo individuo lleva en sí, el cual permanece inalterable aun cuando los individuos pasen y desaparezcan. Si no hubiese en nosotros otra facultad de conocer que la sensacion, no reconoceríamos nunca mas que aquello que hay de pasajero en las cosas, y no lo reconoceríamos sino de la manera mas incierta, puesto que la sensibilidad no podrá ser de ello la sola medida cuando es tan variable y tan diferente en distintos individuos. Cada uno de nosotros tendria su ciencia, una ciencia contradictoria y frágil que tan pronto edificaria como destruiria, que tan pronto revelaria una verdad como un error, puesto que lo que seria verdadero para mí, seria falso para otro, y aun para mí mismo seria falso pasado cierto tiempo. Tal es la ciencia y la verdad en la doctrina de la sensacion. Al contrario, principios necesarios é inmutables fundan una ciencia necesaria é inmutable como ellos; la verdad que ellos nos suministran no es ni la mia ni la vuestra, ni la verdad de ayer ni la verdad de mañana, es la verdad en sí.

El mismo espíritu, trasportado á la estética, hace que nos poseionemos de lo bello junto con lo agradable, y por encima de las bellezas diversas é imperfectas que la naturaleza nos ofrece, hagamos nuestra una belleza ideal, una y perfecta, sin modelo en

la naturaleza, y únicamente ella modelo digno del génio.

En moral hemos mostrado que existe una distincion esencial entre el bien y el mal; que la idea de lo bueno es una idea absoluta, como la idea de lo bello y de lo verdadero; que el bien es una verdad universal y necesaria señalada con un carácter particular, y que debe ser practicado. Junto al interés, que es la lèy de la sensibilidad, la razon nos ha dado á conocer la ley del deber que solo puede cumplir un sér libre. De esta moral ha salido una política generosa que dá al derecho un fundamento seguro en el respeto debido á la persona, estableciendo la verdadera libertad y la verdadera igualdad, é invocando instituciones protectoras de la una y de la otra, que no descansan sobre la voluntad móvil y arbitraria del legislador, del pueblo ó del monarca, sino sobre la naturaleza de las cosas sobre la verdad y la justicia.

Del empirismo hemos retenido esta máxima que el dá toda la fuerza: las condiciones de la ciencia, del arte y de la moral, existen en la esperiencia, y frecuentemente en la esperiencia sensible. Pero al mismo tiempo, nosotros profesamos esta otra máxima: el fundamento directo de la ciencia es la verdad absoluta; el fundamento directo del arte es la belleza absoluta; el fundamento directo de la moral y de la política, es el bien, es el deber, es el derecho, y lo que nos revela estas tres ideas absolutas de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, es la razon. El fundamento de nuestra doctrina, es, pues, un idealismo templado por una justa parte del empirismo.

Mas ¿para qué serviría haber restituido á la razon el poder de elevarse á principios absolutos colocados

sobre la esperiencia, aunque esta suministrase las condiciones esterores, si estos principios no tuvieran valor objetivo para hablar el lenguaje de Kant? ¿Para qué haber determinado con una precision hasta entonces desconocida, el dominio respectivo de la esperiencia y de la razon, si, por superior que sea á los sentimientos y á la esperiencia, la razon queda cautiva dentro de un círculo, y no puede saber nada con certidumbre mas allá? Hemos vuelto, despues de un bien meditado rodeo, al escepticismo á que nos conduce el sensualismo. Decir que no hay principios, que no hay causas; decir que este principio no tiene ninguna fuerza del objeto que la posee, ¿no es decir lo mismo? Kant confiesa que el hombre no tiene su derecho de afirmar que existan fuera de él, ni causas reales, ni tiempos, ni espacios, ni en sí mismo un alma espiritual y libre. Esta confesion bastaria perfectamente á Hume; poco le importaria que, segun Kant, la razon del hombre pudiese concebir ó no las ideas de causas, de tiempo, de espacio, de libertad del espíritu, con tal que estas ideas no se aplicaran á nada real. No veo yo en ello sino un tormento mas para la razon humana, á la vez tan pobre y tan rica, tan llena y tan vacia.

Existe una tercera doctrina que, encontrando insuficiente la sensacion, y descontenta tambien con la razon que confunde con el razonamiento, cree acercarse al sentido comun, haciendo descansar sobre el sentimiento la ciencia, el arte y la moral. Dicha escuela quiere que nos fiemos de los instintos del corazon, por considerarlos mas nobles que la sensacion, y menos sùtiles que el razonamiento. ¿No es el corazon, en efecto, el que siente lo bueno y lo bello, el

que en todas las grandes circunstancias de la vida, cuando la pasión y el sofisma oscurecen á nuestros ojos la santa idea del deber y de la virtud, la hace brillar con irresistible luz, y al mismo tiempo nos anima y nos dá valor para practicarla?

Nosotros tambien hemos reconocido este fenómeno admirable que se llama sentimiento; nosotros creemos que se encontrará aquí un análisis mas preciso y mas completo que en los escritos en donde impera solo el sentimiento. Si, existe un placer unido á la contemplacion de la verdad, á la reproduccion de lo bello, á la práctica del bien; existe en nosotros un amor innato para con todas estas cosas, y cuando no se hace uso de un grande rigor se puede decir que el corazon es el que diciérne la verdad, que el corazon es y debe ser la luz y la guía de nuestra vida.

Ante un análisis poco ejercitado, la razon, en su ejercicio natural y espontáneo se confunde con el sentimiento merced á una multitud de semejanzas. El sentimiento va unido íntimamente á la razon; es su forma sensible. En el fondo del sentimiento se encuentra la razon que le comunica su autoridad, mientras que el primero presta á la segunda sus encantos y su poder. La prueba mas generalizada y mas convincente de la existencia de Dios ¿no es ese deseo del corazon que en la conciencia de nuestras miserias y á la vista de las imperfecciones de todo género que nos asedian, nos sugiere irresistiblemente la idea confusa de un sér infinito y perfecto, que nos llena de una emoción inespresable, y haciéndonos prosternar de rodillas delante de aquel que el corazon nos revela, á pesar de que la razon rehusa creer en él? Pero miremos las cosas mas de cerca y veremos que esta ra-

zon incrédula es el razonamiento apoyado en principios de una fuerza insuficiente; veremos que lo que nos revela el sér infinito y perfecto es precisamente la razon misma, y que es enseguida esta revelacion del infinito por la razon, la que pasando al sentimiento produce las emociones que acabamos de indicar. No rechazamos pues el socorro del sentimiento, al contrario, lo invocamos para los demás y para nosotros. Nos hallamos en esto con el pueblo, ó mejor, formamos parte de él. A la luz del corazon tomada de la luz de la razon, pero que la refleja con mas viveza en las profundidades de nuestro sér, es en la que confiamos para conservar en el alma del ignorante todas las grandes verdades y para salvarlas en la imaginacion misma del filósofo de las aberraciones ó de los refinamientos de una filosofia ambiciosa.

Si, nosotros creemos con Veauvenargues que los grandes sentimientos nacen del corazon. El entusiasmo es á nuestros ojos el principio de los grandes trabajos, como el de las grandes acciones. Sin el amor de lo bello el artista no producirá sino obras regulares, pero frias, que podrán agradar al geómetra, pero no al hombre de gusto. Para comunicar la vida á la tela, al mármol ó la palabra, es preciso llevarla en sí. El corazon mezclado con la lógica constituye la verdadera elocuencia, así como el corazon unido á la imaginacion constituye la gran poesia. Fijaos en Homero, en Corneille, en Bosuet; sus rasgos característicos son el pátetico y el pátetico es el grito del alma. Pero en la moral, sobre todo, es en donde brilla el poder del sentimiento. El sentimiento, ya lo hemos dicho, es como una gracia divina que nos ayuda

á cumplir la ley austera del deber. ¡Cuántas veces no sucede que en situaciones delicadas, complicadas, difíciles, no se sabe distinguir en donde se halla lo verdadero y en donde lo bueno! El sentimiento viene en socorro del razonamiento que vacila; habla y todas las incertidumbres se disipan. Escuchando sus inspiraciones se puede obrar imprudentemente, pero rara vez se obra mal. La voz del corazón es la voz de Dios.

Nosotros hacemos, pues, un grande lugar á este noble elemento de la naturaleza humana. Nosotros creamos el hombre tan grande por el corazón como por la razón. Nosotros rendimos homenaje á los generosos escritores que en la relajación de principios y de costumbres del siglo XVIII opusieron la belleza del sentimiento á la belleza del cálculo y del interés. Nosotros nos hallamos con Hutcheson contra Hobbes, con Rousseau contra Helvetius, con el autor de Woldemar contra la moral del egoísmo. Les tomamos prestadas las ideas verdaderas, y les dejamos las exageraciones inútiles ó peligrosas. Es preciso unir el sentimiento á la razón, pero no reemplazar la razón con el sentimiento. Desde luego, es contrario á los hechos tomar la razón por el razonamiento, y envolverlos en la misma crítica. Además, el razonamiento es el instrumento legítimo de la razón, y vale cuanto valen los principios sobre los cuales se apoya. La razón, singularmente la razón espontánea, es como el sentimiento, inmediata y directa; va derecho á su objeto, sin pasar por el análisis, la abstracción, la deducción, operaciones excelentes sin duda, pero que suponen otra preliminar, la percepción pura y simple de la verdad. Esta percepción no se hace bien en atribuirla al sen-

timiento. El sentimiento es una emoción, no un juicio; goza ó sufre, anima ó aborrece, pero no conoce. No es universal como la razón, y aun como tiene relación con alguna parte de la organización, adquiere de ella algo de inconstancia. En fin, el sentimiento sigue á la razón, pero no la precede. Suprimiendo la razón, se suprime el sentimiento que de ella emana; la ciencia, el arte y la moral, carecen de fundamentos firmes y sólidos.

La psicología, la moral y la estética, nos han conducido á un orden de investigaciones mas difíciles y mas elevadas que se mezclan con las otras siendo coronadas por la teodicea.

La teodicea, ya lo sabemos, es el escollo de la filosofía. Podremos evitarlo, detenernos en las regiones de los principios universales y necesarios de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, sin ir mas allá, sin remontarnos al principio de los principios, á la razón de las razones, al manantial de la verdad. Pero tal prudencia no es en el fondo sino un escepticismo disfrazado, ó la filosofía, es ó no es la última explicación de todas las cosas. ¿Es, pues, verdad, que Dios sea para nosotros un enigma indescifrable, él, sin el cual todo lo que nosotros hemos descubierto hasta aquí de más cierto, sería un insoportable enigma? Si la filosofía es incapaz de llegar al conocimiento de Dios, es impotente, porque si no posee á Dios no posee nada. Pero nosotros nos hallamos convencidos de que la necesidad de saber no se nos ha dado en vano, y que el deseo de conocer el principio de nuestro sér, atestigua el derecho y el poder que tenemos de conocerle.

Así, después de habernos ocupado de lo bueno, de

lo verdadero y de lo bello, no hemos vacilado en hablarlos de Dios.

Mas de un camino puede conducir á Dios. Nosotros no pretendemos cerrar ninguno de ellos, pero nos era preciso seguir aquel que teníamos delante, aquel que nos facilitaba la naturaleza y el objeto de nuestra enseñanza.

Las verdades universales y necesarias no son ideas generales que nuestro espíritu saca por vía de abstracción de cosas particulares, porque las cosas particulares son relativas y contingentes, y no pueden encerrar ni lo universal ni lo necesario. Por otra parte, estas verdades no subsisten por sí mismas; de esta manera no serían sino puras abstracciones suspendidas en la vida, y sin guardar en nada relacion. La verdad, la belleza y el bien, son atributos y no séres. Por consiguiente, no hay atributo sin objeto, y como aquí se trata de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello absoluto, sus sustancias no pueden ser sino las del sér absoluto. De esta manera es como llegamos á Dios; otros medios existen, pero nos mantenemos en este, legítimo y seguro.

Para nosotros, como para Platon, á quien hemos defendido contra una interpretacion demasiado restringida, la verdad absoluta reside en Dios, es Dios mismo bajo una de sus fases. Despues de Platon, los mas grandes talentos, San Agustín, Descartes, Bosuet, Laibniz, están de acuerdo para poner en Dios como en su original, los principios del conocimiento, así como los de la existencia. En él las cosas adquieren á la vez inteligibilidad y su sér. Por la participacion de la razon divina, es por lo que nuestra razon posee algo de absoluto. Todo juicio de la razon envuelve

una verdad necesaria, y toda verdad necesaria supone el sér necesario.

Si toda perfeccion corresponde al sér perfecto, Dios poseerá la belleza en su plenitud. Padre del mundo, de sus leyes, de sus encantadoras armonías, autor de las formas, de los colores y de los sonidos, es el principio de lo bello en la naturaleza. Él es á quien nosotros adoramos sin saberlo, bajo el nombre de ideal, cuando nuestra imaginacion, arrastrada de belleza en belleza, llama á una belleza última en donde pueda descansar. A él es á quien el artista, descontento de las bellezas imperfectas de la naturaleza y de las que él mismo creaba va á pedir inspiraciones superiores. En fin, él es en quien se reasumen las dos grandes formas de la belleza en todos géneros, lo bello y lo sublime, puesto que satisface todas nuestras facultades por medio de sus perfecciones.

Dios es el principio de la verdad moral como el principio de todas las demás verdades. Todos nuestros deberes se hallan comprendidos en la justicia y en la caridad. Estos dos grandes preceptos no los hemos hecho nosotros, se nos han impuesto. ¿De quién, pues, pueden venir sino de un legislador esencialmente justo y bueno? Esto es, segun nosotros, una demostracion invencible de la justicia y de la caridad divinas: esta demostracion esclarece y sostiene á todas las otras. En este inmenso universo del cual entreveamos una pequeña parte, todo parece á pesar de alguna oscuridad, ordenado en vista del bien general, lo que atestigua una Providencia. Al órden fisico que de buena fe no puede negarse, añadió la certeza, la evidencia del órden moral que nosotros llevamos en nosotros mismos. Este órden supone la armonía